

MANUEL PALAU, CLASICO DE LA MUSICA VALENCIANA

Discurso pronunciado en la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos,
el día 14 de febrero de 1978

Sólo es clásico lo que resiste al tiempo; por eso nada vivo es clásico —en frase de Hugo Riemann—. Pese al correr del tiempo siempre será clásico lo que es digno de estudio en lo que afecta a la forma, a la armonía, al colorido, a la riqueza de inventiva, a la solidez de la estructura. Con todos estos recursos, la música de cada país tiene un carácter particular, original.

La música clásica valenciana tiene sus raíces en los sistemas modales de la antigüedad griega, romana, judía y árabe, conservada por las generaciones de muchos siglos hasta nuestro tiempo, en que ha alcanzado tal amplitud de caracteres que se hace difícil catalogarla en un estilo definido, pero se distingue de todos los demás por la elegancia y fácil melodía de su folklore y la transparencia formal de las composiciones modernas.

Inspiradas en las liturgias cristianas eugeniana y mozárabe son las monodías iniciales del Misterio de la Asunción de la Virgen —o Misterio de Elche—. En él puede apreciarse, además, la evolución de la música alicantina desde el siglo XIII hasta la polifonía del siglo XVII, enriquecidas con acompañamiento de laúdes, vihuelas y arpa.

El Papa valenciano Calixto III, de Játiva, mecenas de artistas, eligió cardenal de su Sacro Colegio a su pariente Luis Milán, gran músico y poeta, que en Roma fue reconocido como músico de talento renovador y en el mundo por su tratado «El Maestro», para aprender a tocar la vihuela y la técnica de la ornamentación melódica del instrumento con la práctica de fantasías, tientos, pavanas e intermedios. En Alemania ha sido reeditado casi recientemente. Otro Borja, San Francisco, el gran Duque de Gandía, compuso muy inspiradas músicas para la liturgia católica; de las de carácter cortesano no tenemos ningún ejemplo. ¿Las destruiría él mismo cuando despreció las pompas y vanidades del mundo?

En 1495 se edita en Valencia el primer libro español, de Guillén Puig, para metodizar los complicados procedimientos de la música litúrgica; en 1595 se publica el libro de Juan Francisco Cervera «Arte y soma del canto llano»; en 1632, el de Salvador Romá, «Tratado en defensa de la consonancia del intervalo de la cuarta», en el que entra en las polémicas europeas sobre ciertos rigores de la armonía; y el del Padre Tosca, «Tratado de música

especulativa y práctica». El Padre Antonio Eximeno anuncia la abolición de las estrictas reglas de la armonía y del contrapunto palestriniano y aconseja que el sistema musical de cada país debiera basarse en sus cantos y danzas populares, anticipándose con ello a las modernas orientaciones musicales europeas basadas en el folklore; Pedro Rabasa, autor de un tratado de composición; y otros maestros que con sus aportaciones pedagógicas llegaron a la creación en 1869 de la Escuela Municipal de Música en Valencia, precursora de nuestro Conservatorio.

Grandes compositores: Juan Ginés Pérez, de Orihuela, y su discípulo Juan Bautista Comes, de Valencia, los más importantes maestros valencianos de la polifonía nacional de los siglos XVI y XVII; Juan Bautista Cabanilles, de Algemesí, el más grande organista de su tiempo; Vicente Martín y Soler, compositor de óperas, muy amigo de Mozart, quien hizo grandes elogios de él e interludió un brevísimo fragmento de su ópera «Una cosa rara» en su Don Juan; testimonio de admiración por el maestro que nació y estudió en Valencia, vivió en Madrid, París, Viena y en la capital de Rusia, en donde, invitado por la emperatriz Catalina II, fue director de la Real Opera de San Petersburgo. En la época moderna, en el pasado siglo, el maestro Salvador Giner adopta las entonces nuevas orientaciones francesas del poema sinfónico inspirado en lo popular, dentro de las formas académicas de rigor germánico y compone óperas al estilo italiano con audacias del modernismo wagneriano que se imponía.

Pero fue Eduardo López Chavarri quien penetró en el alma valenciana y la mostró al ofrecer en su música una original modalidad, música a la que dio un carácter descriptivo y un sentido emotivo, lamentoso y elegante, y un colorido instrumental con el que cromatiza suavemente los fondos sobre los que se mueven las recortadas melodías cadenciosamente levantinas.

Oscar Esplá, alicantino, músico científico, creador de una particular escala para sus obras y redactor de las bases que habían de regir el Diapasón universal.

Desconocidos pero no olvidados maestros Eduardo Torres, de Albaida, compositor de vanguardia en sus piezas para órgano; Vicente Ripollés, de Castellón, eximio musicólogo y compositor, que

orientó en la total adopción en nuestra Archidiócesis de la música litúrgica según *motu proprio* de San Pío X; Alvaro Marzal, de Oliva, folklorista y compositor, cuyas obras han desaparecido o no aparecen; Francisco Tito, de Villajoyosa, organista de la Catedral de Valencia, de quien recibí yo la distinción de ser su discípulo, compositor muy reflexivo, de ideas muy perfiladas con contrapuntos ricamente armonizados. Recuerdo de él las excelsitudes de sus improvisaciones al órgano, en la Catedral, con las que interludiaba los versículos de los salmos cantados en gregoriano por el coro: con sus dedos ágiles y blandos como pinceles y su gracioso modo de frasear, creaba diseños melódicos con coloraciones de timbres de singular belleza; Pedro Sosa, Francisco Cuesta, nuestro inolvidable Enrique Gomá, Moreno Gans y muchos nombres de compositores que llenarían varias páginas, pero que con el de Manuel Palau queremos rubricar esta larga época del clasicismo musical valenciano.

El maestro Manuel Palau poseía una amplia cultura y un conocimiento musical completo. Compositor, Director del Conservatorio de Valencia del que fue catedrático de Composición y profesor de Historia de la Música y Estética; académico correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; Director del Instituto de Musicología y Folklore de la Institución Alfonso el Magnánimo de la Diputación de Valencia y numerario del Centro de Cultura Valenciana; en posesión de la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio; dos veces Premio Nacional de Composición; y otros premios y galardones que le acompañaron en su vida y que, como todas las glorias de este mundo, llegaron a su término. Y él conocía este desengaño porque jamás hizo ostentación de los honores y distinciones que recibió. Nació en Alfara del Patriarca, vivió siempre en Valencia y prefirió la vida íntima, familiar, con su mujer y sus dos hijas, con modesta dignidad dentro de su clase. Si alguna vez la vanidad y la adulación le traicionaban, sabía desviar la situación: en una reunión le preguntaron cuál era su mejor obra, y señalando el maestro a una joven del grupo, contestó: «Mis discípulos». No admitimos esta contestación, pero sí el ejemplo.

«Yo soy joven» —decía—. Tenía espíritu joven, de artista, alma, realidad permanente y eterna, de la que nace la obra, signo de inmortalidad que el artista, llevado por la inspiración, describe por la intuición que ha tenido. Así era el maestro y como músico dejó, además, en su obra la emoción sentida en el instante creador.

Fue un compositor de su tiempo. En sus primeras obras, de juventud, adopta el sistema de independencia musical nacionalista y sigue las orientaciones europeas tomando el folklore valenciano. Autodidacta, se aproxima al estilo de Manuel de

Falla, como éste se aproximó al de Albéniz y como todos los compositores que en sus primeras obras se encadenan con sus maestros hasta que se independizan. Con esto el estudioso puede aprender el progreso de la técnica y la evolución del pensamiento musical. El maestro Palau hizo suya la melodía popular y el movimiento acompasado de las danzas, abandona muy pronto esta forma de componer, con material prestado del pueblo, y decide irradiar la luz propia de su pensamiento musical, tan personal e inconfundible. Esto ocurre después de la primera guerra mundial, cuando París se convirtió en el centro musical más importante del mundo y en el que cabían todas las novedades. Entonces fue cuando se produjo un cambio en las estéticas de Debussy, Ravel y Roussel, al surgir genios con técnicas nuevas. Época muy difícil de entender por los muchos alegatos y explicaciones que se daban en defensa de los nuevos métodos de componer que permitían la libertad melódica y armónica, la politonalidad, atonalidad y otros sistemas que se reglaban en un complicado cuadro de combinaciones fónicas ensayadas como en un laboratorio. Momento precursor del actual. Pero entonces surgió un grupo de compositores seguidores de la técnica tradicional que la ampliaron con nuevos recursos armónicos y libertad de ritmo, logrando imponerse con sus creaciones de gran interés y belleza: Szymanowsky, en Polonia; Malipiero, en Italia; Kodaly, en Hungría; Hindemith, en Alemania; y en Francia, Milhaud, Honneger, Poulenc y otros, con Manuel de Falla, el mayor de todos, que participó en el impresionismo de Debussy y Ravel. Grupo de grandes compositores presidido por Igor Strawinsky. El maestro Palau estudió todas las técnicas que se ofrecían en ediciones europeas y las fórmulas del laboratorio dodecafónico —que no adoptó—, pero con plena conciencia organizó su propia estrategia musical, muy segura, mientras ampliaba sus experiencias en el diálogo personal con Ravel y Bertelin.

Sus obras, en esencia y estética, observan las formas clásicas, más que en rigor dentro de unas proporciones y límites previamente estructurados y muy equilibrados. Los antecedentes y consecuentes, integrantes de los temas, se suceden con espontaneidad a la vez que contrastan unos de otros, creando situaciones de variedad y sorpresa. Es lírico, siempre canta, tanto, que a veces parece haber improvisado en lugar de compuesto y vivifica sus movimientos con ritmos jocosos y ligeros. Coordina las ideas siempre refrenadas por un plan tonal cuidadosamente meditado y profundamente concentrado; y considera la armonía como base del conjunto, cuyos elementos constructivos mueve perfectamente y naturalmente enlazados. Con comedimento prolonga los temas, que en su sucesión suele interrumpir para dar entrada a nuevos elementos temáticos

con los que dialoga, sostenidos con complejos armónicos constituidos por acordes tonales, perfectos o alterados, o con la adición de notas extrañas que aumentan y excitan la atención del auditorio. Pero siempre encamina el material temático al punto saliente o climax en donde reside la fuerza expresiva a la que sigue el reposo cadencial. Es curioso que en algunas de sus obras, canciones principalmente, la sucesión es tan rigurosamente armónica que no excede determinados límites y no emplea accidente cromático que conduzca a un tono lejano, pero sí ofrece cambios de tono y de modo sin alejarse de la escala elegida.

El orquestador es como el pintor que saca de su paleta los colores y los mezcla, unos con otros, para obtener nuevos tonos. El maestro Palau conocía el timbre de cada instrumento y el resultado de la combinación de varios. Fue magistral en este arte. Hacía brillar la orquesta más o menos según la altura de los sonidos y sabía la equivalencia sonora de unos con otros, de unos grupos instrumentales con otros y con talento usaba de estos recursos para ofrecer efectos de sorprendente luminosidad, emotividad y contraste.

Desde la música de cámara y un extenso ciclo de canciones, hasta la sinfonía, concierto y ópera, cuya relación sería muy extensa y su análisis es tarea de estudio, el maestro Palau ha compuesto en todas las formas musicales y sus obras han sido interpretadas por eminentes concertistas y directores de fama internacional.

En el Instituto de Musicología de la Institución Alfonso el Magnánimo de la Diputación de Valencia, dirigió la investigación polifónica y folklórica valenciana durante más de veinte años, desde la creación del Instituto, de cuyos trabajos se han publicado en «Cuadernos de Música Folklórica Valenciana» más de seiscientas melodías de canciones y danzas.

Archivado existe mucho más de otro tanto, con el cancionero completo de la Isla de Mallorca. Gracias a las búsquedas en nuestra región de temas folklóricos, se han salvado de la desaparición muchas melodías que eran cantadas en actos religiosos y en labores agrícolas y en otras manifestaciones sentimentales, que con los tiempos modernos de indiferencia y mecanización han desaparecido de las costumbres. También se editaron por el Instituto de su dirección obras polifónicas de las existentes en los archivos de la Catedral y Patriarca: Danzas del Corpus, de Comes, en la transcripción de García Julbe, que gracias a ella fue repuesta su interpretación; Cuatro gozos con polifonía y una Misa, también de Comes, y diversas composiciones, como motetes, madrigales y obras escogidas entre los compositores valencianos modernos.

Muy importante es la extensión de su dedicación a la enseñanza: conferencias y temas monográficos divulgados por la Radio; creador en nuestro Conservatorio de la primera cátedra en España de Dirección de Orquesta; maestro de dos generaciones de músicos, a las que infundió en el ánimo su lema «Nunca sin bases, jamás con límites». Alumnos suyos hoy son compositores, catedráticos de Conservatorios, directores de orquesta y banda. Todos dan testimonio de su magisterio en España y también en el extranjero.

Eximio músico, clásico valenciano, siempre fue esmerado en el aseo personal y en el ejercicio de su arte; sobrio y suave en el acento, respetuoso a la vez que con respetuosa simpatía.

Doy las gracias a mis queridos presidente y compañeros académicos por el honor que me han concedido al elegirme para ofrecer este acto, honor que no se detiene en mí, pues a mi amigo mayor y maestro Manuel Palau, lo elevo.

JOSE BAGUENA SOLER